

sér invisible, que por la pesadumbre de sus pies debía ser tan grande como la vieja torre de Santa Cruz... Con esta sugestión terrible, precedido de los pasos de la figura gigantesca sustraída por arte mágico á la visión humana, llegué á la Puerta del Sol; avancé por ella tambaleándome, porque allí los pasos formidables del ingente fantasma imprimían al suelo una trepidación honda y convulsiva...

El invisible caminante, que era sin duda como una montaña con pies, se dirigió á Gobernación. No acierto á expresar mi asombro cuando sentí, no puedo decir vi, que la pesadilla andante entraba en el Ministerio. ¿Por dónde, si aquella puerta no tenía cabida para uno solo de sus talones?... Yo también entré tropezando, y en la escalinata del zaguán caí desvanecido. Un guardia civil y un portero acudieron en mi auxilio. Bajó en aquel momento un telegrafista amigo mío que me llevó á mi casa.

V

Cuando yo caía en mi camastro al término de una de estas largas y fatigosas peregrinaciones que solían acabar en desvarío sonambulesco, lo mismo que soltaba mi ropa dejándola á un lado, soltaba mis imaginaciones y pensamientos, echándolos de mí uno tras otro, hasta caer en profundo sueño. Dormía,

descansaba, y al despertar la siguiente mañana, antes que la ropa volvían á mí las ideas de la noche anterior. Primero llegaba una, después dos ó tres rondaban mi cerebro, y al fin iban entrando todas. Pensé yo entonces que durante mi sueño las ideas y los hechos pasados velaban en torno mío, esperando que yo despertase para volver á su jaula.

Levantéme un día con sin fin de cosas imaginarias y reales dentro de mi pajarera cerebral. No me pidáis que puntualice el día, porque en mi mollera entra cuanto existe menos las fechas. Nunca he podido disciplinar, ya lo sabéis, el dietario de los acontecimientos, sobre todo cuando no son de esos que llevan bien determinada la efemérides... Pues señor, me fuí á la oficina á pesar de ser domingo, y al entrar me dijeron los compañeros que el Ministro, don Francisco Pí y Margall, se había pasado la madrugada anterior agarrado al telégrafo. ¿Qué pasaba? Pues que los rumores de alzamiento en Barcelona se habían confirmado. Ya sabíamos que la tropa, dominada en absoluto por los Comités federales y convertida en instrumento de la Diputación provincial, aspiraba nada menos que á proclamar el Estado Catalán.

Al instante vió nuestro jefe los gravísimos inconvenientes de tal precipitación. No se podía consentir que los pueblos establecieran por sí y ante sí el régimen federativo, anticipándose á lo que era facultad y obra de las Cortes Constituyentes, aún no reunidas. De

la parte acá del hilo telegráfico hablaba Pí y Margall con la serenidad reflexiva propia de su exquisito temperamento. De la parte allá vociferaban los federales barceloneses, conjurados para proveerse del Cantón que les correspondía con arreglo al catecismo autonómico. Gastó don Francisco enorme dosis de su fuerte dialéctica para convencer á los amigos de la inoportunidad é imprudencia de tal resolución. Nunca vino tan á pelo el aforismo de que *no por mucho madrugar, etcétera...*

Atento á conjurar todos los peligros, don Francisco ordenó la incomunicación telegráfica de Barcelona con el resto de España, y previno contra el movimiento á los Gobernadores de las provincias limítrofes... Hallábame yo en el despacho de mi jefe don José Carvajal, escribiendo al dictado cartas urgentes, cuando entró el secretario de Figueras señor Rubaudonadéu, y por él supimos que aquel mismo día partiría para Barcelona el Presidente del Poder Ejecutivo. Poco después pasé al salón grande del Ministerio y vi á Figueras, Castelar y Salmerón que salían del despacho del Ministro, acompañados por éste. Las caras de todos revelaban tranquilidad. Don Francisco les dijo al despedirles: *Por fortuna, hemos deshecho la borrasca antes que estallase.* Y Castelar, risueño, añadió este comentario breve: *Ahora, señores, hasta otra.*

Volvió á reinar en la Secretaría del Ministerio el sosiego burocrático. Durante largo rato oíase tan sólo el rasguear de las plumas... Sigo mi cuento declarando que des-

pués de conjurado aquel conflicto, por hábil maniobra de Pí y Margall, adquirió cierta fortaleza el Gobierno republicano. Pero como quedaba en pie la hostilidad solapada de los Radicales, con el inquieto don Cristino á la cabeza, continuaron los días azarosos. La naciente República no tenía momento seguro, y todo su tiempo dedicábalo á quitar las chinillas que ponía en su camino la displicente Asamblea Nacional, formada con todo el detritus de las pasiones monárquicas. Al fin, en un día de Marzo, hacia el 20 ó 22, se consiguió que suspendiera la Cámara sus sesiones, después de votar la abolición de la esclavitud en Puerto Rico y otras importantes leyes.

Pero los conjurados inventaron el enredijo de una Comisión Permanente, que no servía más que para embrollar, entorpecer y aburrir á todo el mundo. De tanta y tanta pejiquera se habrían librado los republicanos si desde el primer día (24 de Febrero) en que apareció el serpentón monárquico-radical le hubieran cortado, con certero golpe, la cabeza. Así lo pensaba yo, y si no me lo estorbaba mi respeto al gran Pí y Margall, le habría dicho: «Si usted, mi señor don Francisco, y sus compañeros, hubieran volcado con un audaz gesto revolucionario la Asamblea llamada Nacional, quitando de en medio á puntapiés á toda esa caterva de ambiciosos egoístas, tendrían despejado el terreno para fundar desahogadamente el régimen nuevo. No se pasa de aquello á esto sin cerrar con cien llaves el arca de los escrúpulos, aplicando calman-

tes heroicos á las conciencias demasiado irribles.»

Repitieronse en Abril las mismas dificultades y las propias luchas. En mis paseos melancólicos y en la soledad de mi hospedaje me entretenía yo en aconsejar mentalmente á los Ministros y proponerles la mejor línea de conducta. «Yo entiendo de Política, señores míos—les decía con el pensamiento—porque entiendo de Historia. Y no aprendí esta ciencia en los libros, sino de labios de la propia divinidad que recoge y transmite todo lo que concierne á la ciencia de los hechos humanos. La Historia me ha llevado en sus brazos, en sus bolsillos y en su regazo agosto. La llamo mi madre, no sé dónde se ha metido, y la buscaré por toda la redondez de este suelo ibérico, dejado de la mano de Dios.»

Vagaba yo una noche por las inmediaciones de la iglesia de San Sebastián, cuando sentí un ligero paso y el siseo de una vocecilla que me llamaba. Volvíme rápidamente creyendo que pudiera ser *Mariclio* y... ¡ábrete, tierra, y trágame!... era Candelaria. Llegóse á mí con ademán afectuoso, y estrechándome las manos se arrancó con estas frases: «¡Ay, Tito chiquitín, qué ganas tenía de verte!... No has querido volver á casa... ¡qué tonto!... No creí que lo tomaras tan por la tremenda. Yo te esperaba para pedirte perdón por aquel arrebato. Te tiré el tintero sin darme cuenta de ello. Te habría tirado un clavel ó una rosa si los hubiera tenido á

mano. Toda la noche estuve llorando que te llorara. En fin, ya me estás perdonando; pronto, pronto...»

Balbuente le di las gracias; aseguré que no le guardaba rencor, y quise abreviar la entrevista con el pretexto de ocupaciones perentorias en mi casa. Pero ella hizo presa en mi brazo, tirando de mí hacia la plaza del Angel. Tanto como sus tirones me redujeron á la obediencia sus tiernas palabras: «No, Tito; ya que he tenido la suerte de encontrarte, no te suelto. Hazme el favor... ea, no seas tonto. No me desaires... ¡Mira que...! Acompáñame un ratito al café de San Sebastián. Quiero enseñarte dos artículos que llevo aquí. Son muy vibrantes, ya verás. Ven. En el café están don Santos, Luis Blanc, Antoñete Pérez y otros amigos.» Me dejé llevar. La resistencia pugnaría con mi delicadeza y buena educación. Entramos... Héme aquí en la tertulia de aquellos bravos patriotas. Sentéme junto á *Penélope*, que antes de que la trajeran café desenvainó su manuscrito y comenzó á leer. Era una soflama violentísima que titulaba *Delirium tremens*, y en ella sacudía de lo lindo á los martistas y al propio don Cristino, aplicándoles toda clase de improperios y chanzas mortificantes. A media lectura advertí que *Rosa Patria-Penélope* habíase apropiado los latinajos que el periodismo de aquella época iba poniendo de moda. Al final de un párrafo, refiriendo las ridículas pretensiones de los señores de la Asamblea Nacional, escribía: *¡Risum teneatis?*

Terminada la lectura, sirvieron á Candelaria el café en vaso. Lo endulzó con dos ó tres terrones, y se guardó los demás en un hondo bolsillo. Todos hacíamos lo mismo; mas la escritora, por privilegio de su sexo, requisaba sobre el mármol los terrones dispersos para aumentar el acopio de azúcar y llevárselo á su casa... Don Santos departía con Antonio Pérez, Balbona y Castañé en una mesa próxima, y cuando *Rosa Patria* tiró de papeles para leernos á Luis Blanc y á mí el segundo de sus artículos, la vaga atención que en la lectura ponía yo dejó en libertad á mis ojos para extenderse por las profundidades del café lleno de gente. Algunas mesas más adentro vi un rostro de mujer cuyas miradas vinieron al encuentro de las mías. No tardé en reconocerla: era Delfina Gil, la industriosa confitera y empresaria de pompas fúnebres. Pronto advertí que mi antigua dama y consejera deseaba hablar conmigo. Claramente me lo decía con sonrisas y mohínes de su linda boca. Bajo estas impresiones corría, lenta y susurrante, la lectura del artículo candelaresco, cuyo título era *Un dogal para los cimbríos*, y que después de poner á éstos como ropa de pascuas, acababa con el tremendo anatema: *lasciate ogni speranza*.

Como las tertulias cafeteras pugnaban cada día más con mi gusto y costumbres, abrevié cuanto pude mi permanencia en aquel lugar de vagancia sedentaria. Alabé con piadoso calor los escritos de doña Candelaria, y quedando con ella en equívocas apariencias de recon-

ciliación, me despedí de todos prometiéndoles volver otra noche á matar el tiempo en tan agradable peña. Internéme un poco para saludar á Delfina, la cual, agradeciéndome la fineza, me preguntó si seguía yo viviendo en la misma casa (calle del Amor de Dios), pues tenía que hablarme á solas y con urgencia. Díjele que no había cambiado de domicilio y... Adiós, adiós... Hasta mañana.

Pasó la noche, pasaron las primeras horas matutinas; y cuando estaba yo arreglándome para echarme á las calles, emergió en mi gabinete la señora dulce y funeraria de negro totalmente vestida, entapujada con tupido velo que se levantó al entrar, mostrándome la interesante blandura de su rostro. En la mano traía rosario y librito de misa, señal de que venía de cumplir sus obligaciones beatíficas en Montserrat ó en las Niñas de Loreto.

«No debía yo tener ningún trato contigo —me dijo con melindre, sentándose en mi arrumbado sofá— porque estás muy echado á perder, Tito. ¿Qué esperas tú de esa cuadrilla de barrabases?... Repito que no mereces que yo te hable: eres un secuaz de la monserga federala que quiere acabar con las venerandas creencias y con toda ley humana y divina... A pesar de todo, te conservo alguna estimación, porque fuera de lo político eres hombre de buenas partes; estimo también á tu familia, y por ella y por ti vengo á decirte que estés preparado para el peligro, ó te escondas y huyas, si no quieres perecer. De hoy á mañana ocurrirán en Madrid cosas tre-

mendas. Vendrá el barrido de toda esta pille-
ría que quiere dividir á España en cantones
con *autonosuyas* y el *pato comunicativo* y *bu-
rrateral*. Ponte en salvo, Tito, que ya los
buenos se han cansado de aguantar tantos ul-
trajes y locuras... Por humanidad te aconse-
jo que prevengas también á los de arriba, al
Pí, al Figueras y demás diablos que quieren
traernos acá el Infierno; díselo también al bo-
rachín de Estévanez. Que se oculten, que se
metan en la carbonera ó escapen á correr...
La sarracina será tal, que si los leales cogen
á los pájaros gordos del arrastrado federalis-
mo les machacarán de firme, y el pedazo más
grande que quede de ellos será de este ta-
maño...»

Solté yo la risa, no sin pensar que detrás
de aquellas imbecilidades bullía tal vez una
maquinación verdadera, un nuevo plan ó pos-
trer esfuerzo de los desesperados martistas.
Ya sabía yo que la viuda boyante estaba en
estrechas relaciones con la *cimbrería*. Una
hermana suya, á la sazón estanquera, sirvió
algunos años en casa de Sardeal, y su primo
Filiberto Gil mandaba una compañía de los
Milicianos tildados de monárquicos. Algo le
contaron á mi amiga, algo de proyectada con-
jura ó bullanga llegó á sus oídos, y ella lo
abultó con su disparada imaginación y crite-
rio chabacano. Afecté credulidad para indu-
cirle á que me diese más detalles. Pero se
limitó á decirme que no le pidiera más clari-
dad: su deber era prevenirme para defender
mi vida, y no revelar planes que había sabido

por los conductos más reservados. La causa
de España, la causa del orden, la causa de
Dios, exigían la discreción de todos los
buenos.

Inquieto por los avisos de aquella tarasca
que de la vida libidinosa había pasado á vida
de farándula mística, y que, según rumores,
hociqueaba con clérigos y mayordomos de
Cofradía, me fuí á ver á Estévanez. No le en-
contré en su oficina, pero media hora después
le vi entrar en mi Ministerio. Encerróse con
Pí, y allá se fué también Carvajal. La dura-
ción de la conferencia nos dió á entender que
algo ocurría. Salió Estévanez, y entraron lue-
go dos coroneles de la Milicia, acompañados
de Rubaudonadéu. Mi trabajo me impidió lle-
var nota de las muchas personas que aquel
día conferenciaron con el Ministro. Todo con-
firmaba el temor de próximas alteraciones del
orden público...

Por la noche tuve la suerte de encontrar al
Gobernador en su despacho. Comía precipi-
tadamente para echarse á la calle. Salimos
juntos, y le acompañé en su coche á la esta-
ción de Atocha. Hablando por el camino, ad-
vertí que aquel hombre tan sereno ante el pe-
ligro, mostraba la inquietud natural ante lo
desconocido. No fué conmigo demasiado sin-
cero, ni podía serlo, por la reserva que le im-
ponía su cargo. Procuraré reunir y ajustar las
diversas expresiones que oí de sus labios, y
combinarlas artísticamente conforme á la ley
de la narración histórica, que permite ex-
traer de la verdad de los caracteres la ver-

dad de las manifestaciones orales. La conjura que me anunció Delfina era cierta. Los desechados radicales asambleístas contaban con Pavía, Capitán General de Madrid, con la guarnición, que no era muy numerosa, y con los batallones monárquicos de la Milicia Nacional. Creían tener de su parte á la Guardia civil, y confiaban ciegamente en la Artillería. Separados del servicio los jefes y oficiales facultativos por efecto de la desatinada disolución del Cuerpo en las postrimerías del reinado de don Amadeo, mandaban los regimientos individuos de las armas generales que temían de la República una reorganización contraria á sus conveniencias...

De lo que se tramaba tuvo noticia Estévez al mediodía. Cuando fué á ver á Pí, ya éste había recibido confidencias del caso. Ocupáronse de las medidas necesarias para cortar el paso á la sublevación, que por noticias fidedignas era indefectible programa para el siguiente día, 23 de Abril. El rostro estatuario de don Francisco Pí y Margall no sufrió en su coloración ni en sus líneas la menor mudanza mientras enumeraba los poderosos elementos de que disponían los contrarios. Estévez le dijo: «Aun contando ellos con todo lo que quieran, yo le respondo á usted de que nos sostendremos treinta horas... Si nos derrotaran en Madrid, y eso habría que verlo, fíjese usted, don Francisco, en que disponemos de todo el servicio de trenes en el Norte y Mediodía, y en treinta horas podemos traer sesenta mil federales cas-

tellanos, aragoneses, catalanes, valencianos, manchegos... Ordene usted que vayan esta misma noche á los puntos que fijaremos, comisionados con poderes amplios para convocar y acumular sobre Madrid, sin necesidad de aviso telegráfico, las muchedumbres republicanas de media España, ó de España entera si fuese menester.»

Precisamente á despedir á esos comisionados iba don Nicolás á la estación de Atocha. El acto, de corta duración y de apariencias familiares, no dió motivo á curiosidad ni comentarios. De la estación fui con mi amigo á visitas, que atribuí á la necesidad perentoria de despertar las fuerzas populares y disponerlas para la lucha. Estuvimos en la Ronda de Atocha, en las Peñuelas, en la calle de Santa Ana. Como él subía solo á las casas, dejándome en el coche, no puedo asegurar á qué personas visitaba. Pero mi conocimiento de la gente de coraje me bastaría para designar sus nombres sin miedo á equivocarme.

De la calle de Santa Ana fuimos á la del Ave María y de allí á la plazuela de Antón Martín, donde nos apeamos los dos; yo llamé al sereno, y éste abrió la puerta de la casa de Santiso. Ya era más de la una. Invítome Estévez á subir con él, mas yo no creí discreto presenciar conferencias tan delicadas, y como estaba tan cerca de mi casa y me sentía fatigadísimo, le pedí permiso para retirarme. Al despedirme, el grande hombre que miraba con serenidad desdeñosa la negra faz

de las revoluciones y afrontaba risueño y altivo las contingencias erizadas de peligros, me dijo así: «Mañana á estas horas, ó quizás al caer de la tarde, podrás ver por ti mismo que hemos ganado la partida y que han escapado ó están hechos polvo los enemigos de la República. Buenas noches, y duerme tranquilo.»

En esto de la tranquilidad del sueño no pude obedecer al Gobernador, porque pasé una noche horrible, sin pegar los ojos, dando vueltas en mi duro camastro. Cualquiera ruido de la calle se me antojaba estruendo de lejanos tiros, cañonazos ó voladuras. La claridad de los faroles de la calle entraba en mi alcoba, y mi abrasada mente la convertía en resplandores de incendio. Aunque yo estaba acostumbrado á los tremebundos roncidos de mi patrón, Ido del Sagrario, aquella noche me sonaban como acompasados gritos de la plebe furiosa invadiendo las calles.

VI

Del ligero sueño que pude conciliar en las primeras horas del día me despertaron Nicanora y su marido con estas alarmanes voces: «Levántese, señor don Tito, que hay revolución.» A toda prisa me vestí, y mandé que me trajeran mi desayuno. Mientras lo tomaba, el honrado psicólogo Ido inició la historia verbal de aquel nefasto día: «Desde el amanecer están pasando por Antón Martín Mili-

cianos armados. Van á sus puestos, van á su deber, van á la muerte... ¡Oh España! ¿qué haces, qué piensas, qué imaginas? Tejes y destejes tu existencia. Tu destino es correr tropezando y vivir muriendo... Como le digo, toda la Milicia Nacional está en armas. En la plaza de Santa Ana he visto al *Carbonerín* con el batallón de *Lanuzá*. Por la calle de las Huertas va un gentío inmenso chillando, y Milicianos á la carrera. Oí que en la Puerta del Sol está la Artillería. ¿Qué pasa? Que la Historia de España ha salido de paseo. Es muy callejera esa señora...»

En esto, mi patrona, que había salido un momento, volvió con las manos en la cabeza gritando: «Vete pronto á la compra, José, que si te descuidas nos quedaremos hoy sin comer. ¡Virgen de la Paloma, ya están esos diablos de Antón Martín armando las barricadas!» Salimos disparados Ido y yo. En Antón Martín no había barricadas, pero sí brazos ávidos de levantarlas y bocas de ambos sexos que las pedían á gritos. Mi patrón corrió con fuertes trancos á proveerse de comestibles, y yo, arrastrado por una corriente tumultuosa, me fuí á la plaza de Santa Ana, donde los voluntarios del batallón de *Lanuzá*, mandados por Felipe Fernández (el *Carbonerín*) y don José Cristóbal Sorní, Ministro de Ultramar, ocupaban el teatro del Príncipe y las entradas de las calles próximas. Parte de esta fuerza, la más cuidada de las Milicias republicanas, llevaba uniforme: guerrera garibaldina de paño gris, pantalón con franja

verde, polainas, y gorra colorada con visera de charol, de que les vino el mote de *botellas lacradas*. El armamento de la Milicia Nacional era carabina *Berdan*. Sólo los batallones de la Latina usaban *Remington*.

Por lo que vi y por lo que me contaron puedo fijar la situación de las fuerzas republicanas. Los batallones de Antón Martín, mandados por Ponce de León y Clemente Gutiérrez, ocuparon el teatro de Variedades, calle de la Magdalena; los voluntarios de la Latina, uno de cuyos jefes era Antonio Castañé, ocupaban el teatro de Novedades y los puntos estratégicos de las plazas de la Cebada y Progreso. En las Milicias de los barrios del Sur eran escasos los uniformes; casi todos los combatientes iban de paisano, sin otro distintivo que la gorra colorada... La Red de San Luis y la plaza de Santo Domingo estaban guarnecidas por fuertes núcleos de las Milicias republicanas, y pueblo armado de escopetas y trabucos. Varios edificios de las calles Mayor y Alcalá, como el Ministerio de Hacienda y el Depósito Hidrográfico, escondían retenes de guardias de Orden Público. En las Salesas situó Estévanez bastante fuerza, al mando de Enrique Faura, si no recuerdo mal. Lo mismo hizo en las dos estaciones del ferrocarril, dejando una considerable reserva en la Plaza Mayor.

Los Milicianos monárquicos, que eran más de cuatro mil hombres, se hallaban reunidos desde primera hora de la mañana en las inmediaciones de la Plaza de Toros Vieja, á la

salida de la Puerta de Alcalá, con el pretexto de pasar una revista. A su frente estaba el señor Marina, jefe de la Milicia Nacional por su calidad de Alcalde de Madrid. Vestían estos Milicianos un pulido uniforme semejante al del Ejército, con quepis, corraje blanco y carabinas *Berdan*. Los más vistosos eran los batallones del Centro y de la Audiencia, y en todos ellos abundaban los empleados municipales. Pronto se vió que los jefes de la Milicia monárquica no se distinguían por sus luces estratégicas, y desde el momento en que se *enchiqueraron* en la Plaza de Toros su causa estaba perdida.

Las fuerzas del Ejército permanecían en los cuarteles, y aunque se dijo que algunos Generales apoyarían á los Milicianos monárquicos, ninguno de ellos se atrevió á dar la cara. La Guardia Civil no contrarió los planes del Gobernador, y después de las cuatro de la tarde no era difícil vaticinar el triunfo de la República. El Gobierno puso una columna de fuerzas de Infantería, Caballería y Artillería á las órdenes del Brigadier Carmona, jefe de Estado Mayor de los Voluntarios de la República. Don Baltasar Hidalgo, nombrado minutos antes Capitán General de Castilla la Nueva en sustitución de Pavía, transmitió órdenes á parques y cuarteles. Rodaron los cañones por las calles, y... no pasó más. Los *enchiquerados* de la Plaza de Toros ya no podían dar otro grito que el de *¡sálvese el que pueda!*

Agregándome á los voluntarios de *Lanuzá*

me fuí de la plaza de Santa Ana á la de las Cortes. Se efectuó esta movilización para poner sitio á los batallones primero y segundo de Milicianos realistas del distrito del Centro, mandados por Simón Pérez, dueño del Bazar de la Unión, y por Martínez Brau, propietario de una famosa pescadería de la calle Mayor, que estaban desde por la mañana dentro del palacio de Medinaceli. Ocuparon los republicanos el marmóreo portal anchuroso, tomando posiciones á lo largo del edificio hasta el Prado, y en la calle de San Agustín y plazuela de Jesús. El enemigo quedó embotellado perfectamente. No debía tener muchas ganas de romper las hostilidades: apenas veíamos asomar tímidamente algún quepis por las bohardillas ó ventanas altas.

En esto llegó Estévanez y con él me colé en el Congreso, donde los individuos de la Permanente celebraban sesión en franca rebeldía contra el Gobierno. Apenas entramos, un diputado dijo á don Nicolás: «Los rebeldes no somos nosotros; lo es el Gobierno. Si lo fuéramos nosotros, ahora mismo nos apoderaríamos de usted.» Tranquilo y sonriente contestó el Gobernador: «Eso es lo que yo quisiera, porque acabo de hacer testamento, y no tardarían en venir diez mil hombres á sacarme.» Dicho esto entró á ver al Presidente de la Asamblea, don Francisco Salmerón, ofreciéndole fuerzas de la Guardia Civil para custodiar la Cámara. No fué aceptada la oferta.

En el bullicio del Salón de Conferencias perdí de vista á Estévanez, y metiéndome en los corrillos pude enterarme de lo que en la sesión había pasado. Asistieron los individuos de la Comisión Permanente y casi todos los Ministros. Planteó el debate Echegaray, sosteniendo que la elección de Cortes Constituyentes no debía efectuarse hasta que la legalidad estuviera totalmente asegurada. Con gallarda elocuencia le contestó Salmerón, deshaciendo los argumentos del ilustre matemático. Habló Rivero contra Salmerón. Intervino Castelar, y apenas comenzado su discurso se presentó en la Cámara el Ministro de la Guerra, quien, sin pedir la palabra, increpó la actitud de los batallones monárquicos de la Milicia en la Plaza de Toros. Saltó el Marqués de Sardoal, vociferando con vehemencia desaforada... Pidieron los Ministros que se suspendiese la sesión hasta restablecer el orden... La controversia degeneró en agria disputa, llegándose, no sin trabajo, al acuerdo de interrumpir el debate, mas no la sesión.

Permitidme ahora que, retrocediendo en mi relato, cuente un suceso que á mi parecer iguala en interés histórico al trozo parlamentario que acabo de trasladar á estas páginas. Dudo mucho que uno y otro hecho sean merecedores de pasar á la posteridad; pero allá va el mío, de índole privada, emparejado con el de carácter público. A eso de la una, almorcé en una tasca de la calle de la Visitación judías con salchicha y un vaso

de vino. Allí alterné con los dos *Carbonerines*, Juan de Murviedro, Langarica, Félix Llave, cantero, Enrique Díez (*Moisés*), revendedor de billetes de teatro, y otros que merecen mención en esta historia.

Con tan escaso alimento pude resistir todo el día, y al caer de la tarde salí del Congreso con Moreno Rodríguez y Díaz Quintero á curiosar hacia el Prado, Cibeles y Puerta de Alcalá. Así pude enterarme del fracaso y desbandada en que vino á parar la truculenta rebeldía de los Milicianos monárquicos. Estos recibieron á tiros la columna del Brigadier Carmona. Contestaron al fuego los soldados, y como á los candorosos realistas se les había hecho creer que el Ejército no dispararía contra ellos, cuando vieron que las bromas se trocaban en veras estalló el pánico y salieron de estampía, unos hacia la Fuente del Berro, otros por detrás del Retiro en dirección del Olivar de Atocha, y no faltó quien se escondiese en los chiqueros de la Plaza. Los fugitivos iban soltando las armas, los quepis, y cuanto les estorbaba para correr más aprisa, incluso las elegantes guerreras, que sólo les habían servido para camellar á criadas y nodrizas. De aquel bélico rigodón resultaron tres heridos leves y muerto un pobre cochero, á quien alcanzó una bala perdida.

Quedaba el nudo de Medinaceli, que se desató por sí solo ya entrada la noche. Los Voluntarios monárquicos, en malhora encastillados en el palacio ducal, salieron mohínos

y silenciosos sin que los federales les maltratasen, porque el Gobierno había enviado fuerzas de la Guardia Civil para evitar las represalias, natural desahogo de la irritación de los ánimos. Los que se rendían sin disparar un tiro desalojaron la plaza mansamente, dejando sus carabinas en el portal, y calladitos se fueron á sus casas, eludiendo disputas y camorras callejeras.

La segunda Compañía del batallón de *Lanuza* entró en el Congreso, y en los alrededores del edificio se acumularon, á toda prisa, grandes muchedumbres armadas. Los señores de la Permanente levantaron la sesión con premura vergonzosa. En los pasillos de la Cámara se advirtió el trajín de la desbandada. Los primeros en salir hicieronlo sin dificultad; otros hubieron de escapar furtivamente; algunos valiéndose de disfraces. Rivero y Becerra, por ser muy conocidos, se ocultaron en los sótanos. Los demás fueron saliendo acompañados por Nicolás Salmerón, por Castelar, por Sorni, por el propio Gobernador. Nadie les atropelló, nadie les insultó. Oyeron tan sólo al aparecer en la calle algunos silbidos. Federales y Radicales quedaban en disposición de entablar futuras inteligencias... ¡Todos amigos!... ¡Siempre amigos!...

Terminado lo del Congreso, podría decirse que cayó el telón sobre la histórica jornada del 23 de Abril; pero aún quedaba un fin de fiesta para regocijo del público. Los voluntarios de *Lanuza*, apostados desde el café de la Iberia á la Plaza de las Cortes, pasaron el rato

dispersando unas turbas de señoritos imper-
tinentes y molestos que invadían la Carrera
de San Jerónimo. Eran la flor juvenil del al-
fonsismo y de la radicalería unitaria, de esos
que ordinariamente llamamos *pollos líquidos*
y que en aquellos tiempos designábamos con
el remoquete de *silbantes*. Poco trabajo costó
espantarlos; se metían en los portales, en las
tiendas que aún estaban á media puerta, y
los más corrían á escape por las bocacalles,
de donde les vino un nuevo apodo. Se les
llamó el *Batallón Liger... de pies*.

Media noche era por filo cuando cenába-
mos en la taberna de Juan Niembro (calle de
los Negros), Anastasio Martínez, librero de la
calle del Arenal, *el Quito* (Francisco Beren-
guer), dueño de una buñolería, Alejo Villesa-
no, sastre, José Duplau (*Pelusa*), carpintero,
héroes de aquel día, y un servidor de ustedes
que no fué héroe, sino curioso entrometido y
aprendiz de narrador. Cada cual citaba y en-
carecía con infantiles aspavientos lo que ha-
bía visto, y los incidentes en que había mos-
trado su marcial arrojo. Nuestra cena fué so-
pas de ajo, *batallón*, escabeche en ensalada
y morapio sin tasa. No habíamos llegado á la
total enumeración de tan prolijas hazañas,
cuando entró el simpático Virgilio Llanos,
henchido de noticias, según dijo, y se apresuró
á desembucharlas gozoso en nuestros oídos.
Ya sabéis que era muy amigo de Estévanez
y se codeaba con elevados personajes del fe-
deralismo. En las primeras horas de la maña-
na de aquel día, se le confió un delicado es-

pionaje en las inmediaciones del hotel del
Duque de la Torre, calle de Serrano. Tan bien
desempeñó el ojeo encomendado á su saga-
cidad, que no se le escapó ningún personaje
de los que acudieron al misterioso concilio en
la morada del Duque.

Por el mismo orden con que les vió entrar
los fué citando Virgilio en nuestro cenáculo
tabernario. Hélos aquí: los ayudantes del Ge-
neral, O'Lawlor y Ahumada, el Conde de Val-
maseda, Topete, Letona, Baldrich, Bassols,
Gándara, Gasset, Ros de Olano, Caballero de
Rodas. Del elemento civil fueron Borrego, Al-
bareda, y otros que á mi parecer iban en re-
presentación de Sagasta, Martos y Rivero, los
cuales se quedaron achantaditos en sus res-
pectivas casas viéndolas venir. Oída esta cá-
fila de nombres, tan sonoros como vacíos, to-
dos los presentes celebraron con mayor in-
genuidad la victoria federal contra tal piña
de pomposos y coruscantes figurones.

En el resto de la noche fueron llegando
otros amigos de las Milicias Republicanas.
Entre ellos Balbona (*Tachuela*), Cantera (*Cojo
de las Peñuelas*), Santiago Gutiérrez (*el Pa-
siego*), uno de los Quintines, y más y más.
Enaltecida hasta las nubes la importancia de
la victoria, hiciéronse lenguas de la genero-
sidad de los vencedores. La sangre no enro-
jeció las calles; nadie fué molestado; los lla-
mados prohombres, que en el Congreso hicie-
ron cuanto podían para aplastar la República,
fueron conducidos á sus casas con refinada
cortesía y miramiento; los espadones que se

reunieron en casa del Duque de la Torre se quedaron tan frescos, y si al poco tiempo pasaron la frontera fué para conspirar á sus anchas; los *silbantes* no tuvieron ningún deterioro en sus personas ni en su elegante vestimenta; el único que sufrió algún desavío, Becerra, á quien llevaron preso al Gobierno civil, fué puesto en libertad con apretones de manos y palmaditas en la espalda.

Camino de mi casa, casi al rayar el día, iba yo reconstruyendo en mi mente todo lo que había visto y oído, y entre las sábanas de mi lecho hice juicio sintético de la jornada del 23 de Abril de 1873. No tuvo nada de epopeya; no fué tragedia ni drama; creí encontrar la clasificación exacta diputándola como entretenida zarzuela, con música netamente madrileña del popular Barbieri. No hubo choques sangrientos ni encarnizadas peleas, ni atronó los aires el horrísono estruendo de los cañones. El *acto* del Congreso fué un paso de comedia lírico-parlamentaria, con un concertante final en que desafiaron todos los *virtuosos*. Los *actos* de la calle fueron un continuo ir y venir de nutridas comparsas, que disparaban vítores y exclamaciones de sorpresa ó de júbilo. Otras comparsas mejor vestidas salían corriendo por el foro, y se tiraban al foso ó se subían al telar. Concluía la obra con un gran coro de generosidades ridículas y alilíes de victoria, sin luto por ninguna de las dos partes.

Así no se pasa de un régimen de mentiras, de arbitrariedades, de desprecio de la ley, de

caciquismo y nepotismo, á un régimen que pretende encarnar la verdad, la pureza, y abrir ancho cauce á las corrientes de vida gloriosa y feliz. Aplicando mi corto criterio á los hechos de aquel día, pensé que el 24 de Abril estaba la vida nacional lo mismo que antes estuvo, y que las seculares fuerzas que habían querido resolver el problema del porvenir no habían hecho más que exhibirse sin chocar en dura pelea, dispuestas á proseguir, el día menos pensado, la teatral batalla... ¡Solución de amiguitos, querella de dicharachos en un inmenso patio de *Tócame-Roque*, simulacro de guerra y paces entre compadres bonachones!

Agrego á la página histórica el estrambote de una escena de que no tuve conocimiento hasta el día 25, y que no altera substancialmente mi juicio de aquellos vulgares acontecimientos. Parece que en la madrugada del 24 se produjo en el Gobierno algún conato de severidad contra el Duque de la Torre y los demás santones monárquicos. Ya clareaba el día cuando Castelar, con rostro afligido, se presentó en el despacho del Gobernador y le dijo: «Amigo Estévanez, si una persona que á usted le hubiera salvado la vida se hallara hoy en peligro inminente, ¿qué haría usted?» La respuesta de don Nicolás fué la que á todo varón honrado y generoso correspondía: «Pues vaya usted—añadió don Emilio—al hotel del General Serrano, métalo en su coche y llévelo á la Embajada inglesa.» Así se hizo, y... aquí paz y después gloria.